

Una mirada al Querétaro del inicio del siglo XX  
*Bajo los almendros. Estampas de amor y muerte* de Juan Antonio Isla

*Mejor será no regresar al pueblo,  
al edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.*

Los versos con los que inicio la presentación de esta tarde son de Ramón López Velarde, poeta moderno y jerezano. El poema se titula “El retorno maléfico”, aparecido en *Zozobra*, el segundo libro publicado en vida por el autor en 1919. Y la elección de este epígrafe resulta de ciertas correspondencias que, dentro del campo cultural literario, no dejan de ser por demás ocurrentes. Primera correspondencia: el poema está fechado en 1917, es decir, hace, justamente, cien años; segunda correspondencia: en este poema encontramos el tema de la provincia como un asunto relacionado con la obsesión del eterno retorno, de esa incesante búsqueda por el encuentro con el origen a partir del lugar donde uno aprendió a vivir, a mirar y a sentir el mundo. Así, con esta especie de correspondencias entre asuntos cronológicos y temáticos, celebramos en este 2017 la publicación de la primera novela de Juan Antonio Isla Estrada, y lo hacemos *Bajo los almendros* que amueblan el paisaje de nuestra provincia queretana.

Volvamos, pues, al Querétaro de hace cien años, y hagámoslo a través de una novela escrita por un queretano; y sí, por extraño que parezca en nuestros días, escrita por uno, de los cada vez menos queretanos que se cuentan en nuestra ciudad. Considerando como asidero el contexto de *Bajo los almendros. Estampas de amor y muerte*, hacia el final de la novela nos encontramos en ese todavía convulsionado 1917, año en que Velarde preparaba el libro de *Zozobra* instalado ya en la Ciudad de México, y que, mientras tanto, en esta provincia, el personaje de David Ostolaza entregaba en manos de Venustiano Carranza una propuesta para realizar ciertas modificaciones a la Carta Magna del 57, proyecto que llevaría a convocar en nuestra ciudad la redacción de la Constitución que tiene vigencia hasta nuestros días. Ésta sería, en palabras del autor, la gran contribución de nuestro personaje en el acontecer de Querétaro, y que, desde luego, representaría los cimientos para la reconstrucción nacional, después de la intestina Revolución Mexicana.

¿Cómo era el Querétaro de inicios de siglo? ¿Cuáles eran las voces que se entretejían desde nuestra Muy Noble y Real Ciudad durante el Porfiriato? ¿De qué manera se anunciaba la caída inminente de un proyecto de nación que había llevado a México a tener sus grandes vuelos europeos? ¿Qué representaba la vida de provincia frente al acontecer en la Capital? ¿Cómo se vivió en nuestra ciudad el convulso paso de la *mutilación de la metralla*, en palabras de Velarde?

Las respuestas a estas cuestiones han encontrado el interés de cronistas, historiadores y especialistas que, encargados de ofrecer información que dé cuenta de los hechos, han construido el relato oficial de lo sucedido en los días aciagos. Ahora bien, ¿cuál es la razón de recurrir a la literatura para mirar el pasado? En el ensayo “El arte de leer”, Camila Henríquez Ureña comienza diciendo que los aportes que ofrece la literatura al conocimiento humanístico son descubrimiento, no de hechos, sino de cualidades estéticas, es decir el ensamblaje de un trabajo riguroso con el lenguaje entre la existencia de los límites del espacio y del tiempo. Este modo de conocimiento se fundamenta en la percepción, en el modo en que se mira la realidad, donde el procedimiento discursivo se entreteje con el procedimiento representativo: “contiene símbolos a través de los cuales se expresa un sentido y una significación del mundo”.

Y es precisamente la mirada de Juan Antonio Isla la que, en esta ocasión, nos presenta este modo de vivir la ciudad, regresando temporalmente en el tiempo y erigiendo frente a nuestros ojos un Querétaro de inicios del siglo pasado, con sus filiaciones y obsesiones, que toman forma en la vida familiar de la provincia, trastocada por un contexto histórico y sus vicisitudes políticas y sociales. Estos son algunos de los temas que Juan Antonio Isla reconstruye como trasfondo de la trama que surgió, quizás, desde hace mucho tiempo entre sus inquietudes, historia mediante la cual se encargó de delinear y trastocar aquellos temas que seguramente estaban presentes en el aire –ya sea por los relatos de la infancia o por la investigación histórica reciente–, pero que ahora quedan fijos, para la posteridad, a través de la escritura.

Dos familias son las elegidas para evidenciar los claroscuros del Querétaro del fin de siglo: los Ostolaza y los Lobato, unidos, precisamente, por David, el redentor de las discordias familiares, y por ende políticas y pasionales, que se entrelazan en esta novela. Como herencia del boom latinoamericano y de los relatos fundacionales, esta historia nos confronta con la intimidad de una familia que se ve trastocada por la tragedia; una desgracia

que bien podría encontrar su analogía con la propia tragedia que el país veía venir: la guerra civil. Muerte y enredos, venganza y enfermedad, son variaciones en las que los personajes estarán llevando al límite el anuncio del fin inminente –del Porfiriato–, pero, al mismo tiempo, el llamado necesario de una esperanza que pudiera traer de vuelta la paz en sus vidas.

Cuando pensamos en el concepto de familia, es común referir a la imagen del árbol: el árbol genealógico, aquél que echa raíz en tierra fértil para que, con el paso del tiempo, éste comience a acrecentarse en ramas y follaje: del tronco más prominente y vasto, a las ramas más jóvenes e indefensas. Este árbol genealógico se instala en la fecunda ciudad de provincia. Bellos fueron los años joviales de don Diego Ostolaza y María de Ávila, su esposa, quienes, tras formar un sólido hogar, encontrarían la fatalidad muy pronto, con la muerte de su primogénito, Santiago, el hombre de familia que había dejado sus estudios de medicina para hacerse cargo de la hacienda familiar. A partir de este suceso, se desencadena la fatalidad de los Ostolaza, que ven temblar y desaparecer su linaje de la manera más inclemente. Como antítesis, la familia de los Lobato servirá como eje de la venganza, debido a las rencillas políticas y a los intereses tan distintos representados en los gobernantes de la ciudad. Un encuentro amoroso servirá como antídoto para curar las asperezas entre dichas familias. Nuevamente David Ostolaza, nuestro personaje, será el indicado para reconciliar los afanes políticos de sus antecesores al llegar a ser gobernador de Querétaro.

A lo largo de los capítulos de la novela, Juan Antonio Isla irá presentando la historia de cada uno de los integrantes de estas familias, pero no de manera lineal, sino a partir de diversos saltos en el tiempo, con capítulos breves, que permiten al lector ir armando el rompecabezas de las microhistorias que se entrelazan de manera paralela. Entonces, el lector encontrará a cada uno de los personajes cabalmente delineados para comprender, ya sea por su carácter o por las adversidades del momento histórico, las acciones que los obligan a sucumbir ante la tragedia familiar.

Y así comienza el desfile de familiar: Santiago y su muerte en manos de los hermanos Piñeira; Alberto y la ofrenda de su vida en un cuarto de hotel a la Virgen de Guadalupe; Omar y sus excesos intelectuales y carnales que lo llevarán a la propia desintegración corporal; Evita con su silencio y caridad recompensada en sus encuentros místicos; David y su amor condenado con Emigdia Lobato; y la más pequeña, Malena, que no tardará en correr a los brazos del pintor romántico que la hará escapar de su casa en busca de la Ciudad Luz, París... Todos ellos, los Ostolaza, quienes crecieron bajo el techo y la protección de don

Diego, gobernador de Querétaro, y María, la mujer a la que la contención de la tragedia familiar hizo engordar y engordar hasta quedar sin palabra alguna.

Como decíamos antes, como antítesis de los Ostolaza, en la novela encontramos a los Lobato, familia que goza de cierta cordura y de una declarada rivalidad con don Diego Ostolaza y su descendencia. Los relatos sobre Felisa y don Hernán Lobato nos remiten al Querétaro de las haciendas, La Cañada, la Fábrica de Hércules, los globos aerostáticos en la ciudad, a la construcción de la estatua de La Corregidora, entre otras historias relacionadas con sus hijas, Emigdia y Elena. Para, finalmente, redimir la desgracia y el infortunio de los Ostolaza a partir del enamoramiento entre el Romeo y la Julieta de la historia.

Además, en esta novela encontraremos la historia de cómo un chino terminó en tierras queretanas después de ser víctima de un terrible suceso en el norte del país; de los bailes y las reuniones en El Casino, de la influencia de Porfirio Díaz en Querétaro, los viajes y las bodas, los dimes y diretes entre la política y sus actores, así como los escándalos de la vida privada.

Sin embargo, no podemos dejar a un lado un hecho significativo del relato: y es que el inicio de la trama se establece en el móvil de un asesinato. De pronto, la bonanza y la gloria de una familia de buenas costumbres, se ve transgredida por las clases bajas que claman justicia por mano propia. Los hermanos Piñeiro cometen un acto atroz que, no sólo los llevará a su propia muerte, sino que con ello, la venganza se engendrará en la vida de los habitantes de la ciudad. Así como la novela inicia con un asesinato, llevado a cabo por las mismas manos que trabajan la tierra de los hacendados, éstos últimos serán testigos del derrumbe de sus grandes esperanzas. La sed de justicia llevaría, pues, a tomar las armas en un país que hacía poco tiempo se encontraba vislumbrado por su progreso y desarrollo, pero que había sido incapaz de mirar las necesidades del otro. Ante la llegada de la muerte como representación de la justicia, la tragedia no sólo haría estragos en la vida de las familias sino en toda una nación.

Finalmente, quisiera hacer mención de un capítulo que, por su importancia dentro del ámbito literario, desearía traer a cuenta. El Querétaro decimonónico no pudo escapar de la vida literaria gestada a partir del periódico, medio que permitió un crecimiento exponencial, no sólo por su carácter informativo, sino por ser el vínculo de difusión para la producción artística del país. Es entonces cuando, a través del relato sobre la fundación de la *Gaceta de Querétaro*, aparecen los nombres de queretanos que figuraron en el ámbito nacional,

y que fueron ampliamente reconocidos por sus pares, pero que han permanecido en el olvido entre las generaciones actuales. Me refiero a Heriberto Frías, José Dolores Frías y Alberto Leduc, personajes que encuentran en esta historia una especie de homenaje y reconocimiento, cuando se trata de la vida cultural en Querétaro. Y aquí es donde aparece la tercera correspondencia: la amistad de José Dolores Frías, el *Vate* Frías, con Ramón López Velarde, provincianos los dos, unidos por las mismas preocupaciones en la poesía y quienes encontrarían la muerte de manera trágica y todavía jóvenes. Resulta sorprendente ver la cantidad y calidad de las colaboraciones que entregaban a diario en diversos periódicos, tanto locales como nacionales.

Y, quisiera aventurarme a pensar que, de una u otra manera, Juan Antonio Isla es también heredero de esta tradición, al considerar que su trayectoria como editorialista, siempre relacionada con las publicaciones periódicas, tarde o temprano, lo llevaría a echar raíz de esta bella y trágica historia familiar, sembrada *Bajo los almendros* de una provincia del bajío mexicano. Regresemos, pues, *al edén subvertido* de López Velarde, que esta tarde no se calla, sino que nos deja la lectura de esta novela como remembranza de los árboles que siguen reverdeciendo en tierras queretanas ¡Enhorabuena!

Diana Rodríguez

Agosto 31, 2017